

EN EL NOMBRE DEL ALEPH. LA BÚSQUEDA DE LA IDENTIDAD JUDAICA EN JORGE LUIS BORGES

IN THE NAME OF THE ALEPH. THE SEARCH FOR A JEWISH IDENTITY IN JORGE LUIS BORGES

NICOLÁS HOCHMAN¹

RESUMEN

El objetivo de este artículo es reflexionar sobre la posible búsqueda de una identidad judaica por parte de Jorge Luis Borges, quien con el correr de los años se convirtió en un nombre de vital importancia para las letras en general, y en Argentina en particular, como si él mismo fuera un Aleph en el que todo comienza y todo confluye. Esa búsqueda, en parte, habría contribuido a que la escritura especular, laberíntica y mística de Borges tuviera una finalidad no muy lejana a la de James Joyce cuando escribió el *Ulises* pensando en mantener ocupados a los críticos literarios por algunos cientos de años. Así, mediante la fusión entre juegos literarios y, posiblemente, necesidades más profundas, Borges tuvo un acercamiento muy estrecho al judaísmo, identificándose con éste y convirtiéndolo, tal vez, en un síntoma fundamental, tanto para su obra como para su vida.

Palabras clave: Borges, judaísmo, identidad, síntoma.

ABSTRACT

The purpose of this article is to reflect on the possible pursuit of a Jewish identity by Jorge Luis Borges, whose name over the years became of vital importance to world literature in general and to Argentina in particular, as if he were an Aleph where everything begins and everything comes together. That search, in part, has contributed to Borges' mirror like, labyrinthine and mystical writing having a goal not far from that of James Joyce when he wrote *Ulysses*, that of keeping literary critics busy for a few hundred years. So, by the fusion of literary games and possibly deeper needs, Borges

¹ Licenciado en Historia, CONICET - Instituto Ravnani, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina. E-mail: hochmanicolas@yahoo.com.ar

had a very close approach to Judaism, identifying with it and making it perhaps a key symptom for both his work and your life.

Keywords: Borges, Judaism, identity, symptom.

Recibido: 06.07.12. Aceptado: 10.11.12.

Todo sucede por primera vez, pero de un modo eterno.
El que lee mis palabras está inventándolas.
Jorge Luis Borges, "A quien leyere".

UN PROFETA EN SU TIERRA

SESENTA Y SEIS AÑOS ATRÁS, un joven ensayista llamado Ernesto Sábato escribía en *Sur*, la publicación de Victoria Ocampo:

Lástima que Borges no sea checo o algo por el estilo. ¡Cuántos admiradores tendría en la Argentina! ¡Y cuántos exégetas!

Pensándolo bien, también es una suerte (Sábato, 1945: 74).

En 1945 Borges comenzaba a perfilarse como un escritor revolucionario (por supuesto, en lo literario, no en cuestiones políticas o ideológicas). Su nombre iba instalándose rápidamente en el ámbito local y, progresivamente, también en el internacional. Sin embargo, para esa época su fama todavía no se había desatado como lo haría no muchos años después. Ya había publicado obras como *Fervor de Buenos Aires*, *Historia universal de la infamia*, *Historia de la eternidad* o *Seis problemas para Isidro Parodi*, e inclusive un año antes había lanzado la primera edición de *Ficciones*, pero aún faltaban años para que aparecieran *El Aleph*, y la catarata de premios y distinciones que fueron acumulándose de allí en más. En 1945, Borges era un nombre que sonaba muy fuerte, pero claramente no tenía el lugar que comenzó a ocupar después.

Hace poco una colega me comentó que en el 2010 asistió a una conferencia que versaba precisamente sobre Borges: "Borges y el judaísmo: los libros y el coraje", dictada en el Departamento de Cultura de la Sociedad Hebrea Argentina. Su expositor, un joven profesor experto en el tema, Alejandro Droznes, realizó una comparación entre fragmentos de dos cuentos de Borges: "El sur", de *Ficciones*, y "Un hombre en el umbral", de *El Aleph*. Es curioso su hallazgo: en ambos cuentos, publicados con algunos años de diferencia, pueden leerse estas mismas líneas:

Los muchos años lo habían reducido y pulido como las aguas a una piedra o las generaciones de los hombres a una sentencia (Borges 1989: 183 y 1996: 120).

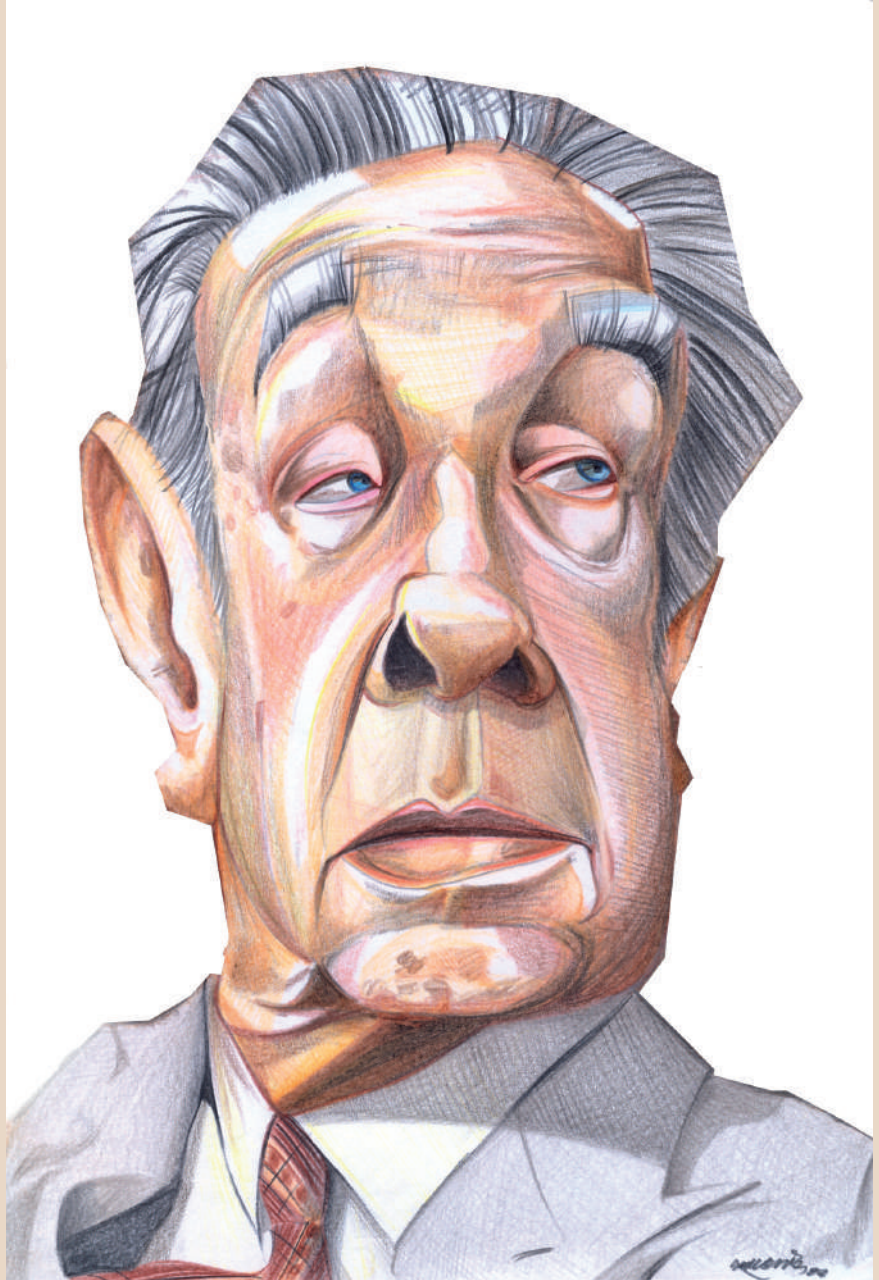
Lo que demostraba este especialista es que Borges había realizado un trabajo de reproducción exacta y literal de dos líneas, en dos narraciones diferentes. Droznes no buscaba establecer que Borges tuviera poca imaginación, una mala memoria prodigiosa, ni que se plagiera a sí mismo en dos libros distintos, o que estuviera burlándose de lectores y editores. Por el contrario, él hallaba en ese juego de espejos una muestra de los intereses de Borges por la Cábala.

Al respecto, Maurice Blanchot dice, hablando de Pierre Menard, que cuando Borges nos invita a imaginar a un escritor francés, coetáneo, reescribiendo algunas páginas escogidas que van a reproducir textualmente dos capítulos de *El Quijote*, ese absurdo maravilloso es lo que ocurre en cualquier proceso de traducción. En esa instancia, la misma obra se encuentra en un idioma doble, del mismo modo que en Pierre Menard (la ficción que Borges imagina) encontramos dos obras con una identidad lingüística similar, que en definitiva no hace sino darle forma a un espejismo de la duplicidad de los posibles. En palabras de Blanchot:

Ahora bien, cuando hay un duplicado perfecto, el original, y hasta el origen, se borran.

De este modo, el mundo, si pudiera ser exactamente traducido y duplicado en un libro, perdería todo el principio y todo fin y devendría ese volumen esférico, finito y sin límites, que todos los hombres escriben y en el que están escritos: esto no sería el mundo, sería, o será, el mundo pervertido en la suma infinita de sus posibilidades. (Esta perversión es, tal vez, el prodigioso, el abominable Aleph) (Blanchot, 1959).

Probablemente sea así. Probablemente Borges, sin un mínimo de ingenuidad al respecto, haya introducido en sus textos (en “Pierre Menard”, pero también en “El sur” y en “Un hombre en el umbral”) una broma interna, un chiste para pocos, o bien un verdadero juego de números, símbolos y significados cabalísticos. Lo interesante de todo esto es que esa investigación y esas conclusiones son posibles, tal vez de manera excluyente, porque los textos estudiados son precisamente de Borges, y no de un autor menos conocido o menos respetado, quien posiblemente sería acusado, denigrado o, directamente, jamás analizado o tenido en cuenta, por lo menos para investigaciones similares.



Jorge Luis Borges, ilustración de Hernán Zaccaria (<http://hernanzaccaria.blogspot.com.ar/>).

EN EL NOMBRE DE BORGES

... cada país tiene que ser representado por un libro; en todo caso, por un autor que puede serlo de muchos libros. Es curioso –no creo que esto haya sido observado hasta ahora– que los países hayan elegido individuos que no se parecen demasiado a ellos (Borges, 1980: 15).

Muchas veces la leyenda del nombre cumple la función de un filtro positivo. Como unos anteojos que hacen que uno lea la obra de ese nombre bien predispuesto, listo para encontrar genialidades en ella. Como decía Sábato (ya no tan joven como en la cita inicial), esos que hacen tesis descubren todo, inclusive lo que uno mismo no sabía que quería decir. Y así como Joyce escribió el *Ulises* pensando en mantener ocupados a los críticos literarios por algunos cientos de años, es muy probable que la escritura especular, laberíntica y mística de Borges tuviera una finalidad no muy lejana. Según Bejla Rubin de Goldman:

Tanto Borges como Freud y Lacan serían joyceanos ya que nos causan a seguir develando sus escritos por otros 300 años. Se sirvieron del Padre para avanzar más allá de él y hacen en nosotros a seguir en el fragor de la batalla... (Rubin, 1999: 22).

Es factible que sus muchos escritos estén llenos de recovecos inexplorados, de paratextos que conducen a dimensiones interpretativas todavía no reveladas, de juegos lingüísticos y numéricos, de múltiples referencias sobre la Cábala (Rincón y Serna Arango, 2004). Pero sería pretencioso pensar que su obra encierra una perfección absoluta, sin brechas ni fisuras, sin olvidos, fallidos, errores, exabruptos. Es decir, pensar en la posibilidad de un Borges sin inconsciente, un Borges 100% lógico y matemático, que como una máquina o un reloj escribiera de manera sistemática y programada, sin espacio para lo incierto que depara ese acto tan incierto que tiene que ver con trasladar una idea a palabras, que no son sino metáforas (Kazmierczak, 2001: 308-309). Por supuesto, eso no implica dejar de reconocer lo brillante de su literatura, que marcó un antes y un después en las letras mundiales, sino que permite la posibilidad de pensar que su escritura es reproducida por otros, de modo que va más allá de *aquello que quiso decir*. No es nuevo que las palabras no tienen un solo significado, que el lenguaje posee múltiples sentidos.

En el nombre de Borges se organizan ediciones críticas, congresos, seminarios, programas de televisión y hasta una generosa gama de *merchandising*. Su nombre es utilizado en Argentina, particularmente, como una

marca registrada. Su nombre, viéndolo desde una perspectiva freudiana-lacanianiana, es el nombre del padre, el nombre de Dios, la Ley. De un modo simbólico, sintomático, Borges mismo es en gran parte el Aleph de las letras en Argentina, el sitio por donde se debe empezar, *el punto donde deben confluir todos los demás puntos*. No es inusual asistir a clases en la universidad, o a encuentros en talleres literarios, donde alguien (estudiante, docente, da igual) señala que tal o cual recurso ya fue utilizado por Borges antes. Que es imposible superar al maestro. Que su escritura fue la única perfecta. Que lo más importante que había para decir en un cuento o un poema, ya lo dijo él. Que no son muchas las cosas que vale la pena leer por fuera de su obra.

Si uno se pone a reflexionar sobre estas cuestiones, no es muy difícil llegar a la conclusión de que este tipo de cosas son más bien alienantes. No hace falta ser un académico ni un especialista para descubrir que su nombre tiene un peso tan fuerte que se convierte en algo agobiante. Y esto no sólo es así para sus lectores, que muchas veces lo enfrentan con esa sutil presión de necesitar estar a la altura de sus ensayos, poemas y relatos. Tampoco es excluyente para los que hacen o intentan hacer literatura en Argentina, donde su fantasma se convierte en ocasiones en un obstáculo a la hora de producir, como esos padres que, una vez muertos, se hacen todavía mucho más fuertes y tangibles que en la vida (lo que, por otra parte, fue explicado largamente por Freud en *Tótem y tabú*, al trazar una analogía entre el padre muerto y la ley). Además (y ésta es una mera suposición), es muy probable que esa sobrevaloración de su obra (no porque no tuviera la genialidad que se adjudica, sino por todos esos plus de sentido) tuviera repercusiones en el mismo Borges, repercusiones que hicieran que fuera necesario para él construirse una identidad que lo defendiera de sus interpretadores, que le permitiera despistarlos. Es decir, despistarnos.

UN ÉXODO SUTIL

De ahí que a priori la idea de un escritor lingüísticamente 'sin casa' resulte extraña; la idea de un poeta, novelista o dramaturgo que se sienta como en casa ajena al manejar la lengua en la que escribe, que se sienta marginado o dudosamente situado en la frontera (Steiner, 2000: 16).

Borges nació y vivió casi siempre en Argentina, habló de temas típicamente argentinos, su lengua materna fue el español, y en español se dedicó a escribir, enriqueciendo la lengua de Cervantes. Él mismo decía:

Yo no podría vivir fuera de Buenos Aires; estoy acostumbrado a ella como estoy acostumbrado a mi voz, a mi cuerpo, a ser Borges, a esa serie de costumbres que se llaman Borges, y una parte de esas costumbres es Buenos Aires. No es que la admire especialmente, es algo más profundo. *Right or wrong it is my country, I belong there* (Borges, en Guiber 1968: 51).

Sin embargo, algo en él siempre fue extranjero, e hizo de él un argentino no muy corriente, inclusive antes de alcanzar la fama que alcanzó. No es casual que esté enterrado en Suiza, ni que fueran recurrentes en su obra las permanentes menciones a lugares lejanos o inexistentes, a traducciones de otros idiomas, a bibliotecas de Babel con lenguajes finitos pero imposibles de contabilizar, a temas judíos como la cábala, el éxodo, la diáspora, el antisemitismo.

En *Extraterritorial*, George Steiner plantea que en Borges hay un deleite cuando habla de sentirse extranjero, cuando habla de su pasado como si fuera algo misterioso, entremezclado con el judaísmo, y cita un ejemplo muy claro al respecto, que es un testimonio que el mismo Borges reprodujo en más de una ocasión:

Es posible que entre mis antepasados haya judíos, pero no puedo estar seguro. El apellido de mi madre es Acevedo; Acevedo podría ser el apellido de un judío portugués, pero también es posible que no lo sea... La palabra *Acevedo* desde luego, tiene que ver con el acebo y no es una palabra particularmente judía, aun cuando muchos judíos se llamen Acevedo. Es difícil decidir (Borges, en Steiner, 2000: 47-48).

El párrafo contiene una escisión muy sutil. En la primera parte, Borges habla de su historia, de etimología, de las posibilidades identitarias que aparecen con un pasado en gran parte desconocido. Menciona brevemente una rama de su genealogía para poder explicar un origen potencial. Pero sobre el final, a modo de conclusión, dice que *es difícil decidir*. A partir de eso podemos preguntarnos qué es eso difícil que tiene que decidir. ¿Si tiene antepasados judíos? ¿Si él mismo es judío?

Borges es indudablemente consciente de que *lo judío* se hereda por vía materna, por el útero, y no es casual que busque trazar algún tipo de ceranía entre su madre (y, consecuentemente, su historia más remota) y la cultura judaica que pareciera, por momentos, convertirse en una pequeña obsesión. Esa reflexión, sobre lo difícil de decidir una cuestión semejante, es puramente contingente, ya que en definitiva el origen no es algo que pase por la elección: de manera casi esencialista, se es, o no se es. O por lo menos



G. Steiner



eso podemos deducir de ese párrafo, donde el acercamiento de Borges al judaísmo no pareciera estar signado por la conversión a través de los actos. Por el contrario, la incógnita de Borges pasa por el origen: ¿era su madre judía? ¿Es él, consecuentemente, judío también? Es decir: sabemos que tanto la historia, como la memoria y hasta la verdad son construcciones, que de hecho muchas veces funcionan retrospectivamente, donde lo esencial no existe como tal. Pero no es eso lo que Borges plantea aquí, sino que realiza una operación histórica, genealógica y etimológica, para terminar (contra) diciéndose que es difícil elegir.



Z. Bauman

El cuestionamiento de la propia identidad surge si y sólo si hay fisuras en el yo. Zygmunt Bauman plantea al respecto que preguntarnos quiénes somos cobra sentido solamente en el momento en que creemos que podemos ser alguien diferente a quienes somos (Bauman, 2010: 47). A eso podemos agregar que, al ser un planteamiento identitario que no modificaría nada de facto (¿Borges sería más o menos judío si decidiera una cosa u otra?), la pregunta implícita que se hace (¿soy o no soy judío?) está atravesada por el peso del deseo, algo que no siempre es muy claro para el sujeto que formula una demanda (en este caso, hacia sí mismo: ¿qué debo ser?):

... hay momentos en que me siento cristiano, y luego cuando pienso que admitirlo comporta aceptar todo un sistema teológico, veo que realmente no lo soy. Siendo católico, me siento atraído por el protestantismo. Yo creo que lo que me atrae en el protestantismo, o en algunas formas de protestantismo, es la ausencia de una jerarquía (...) Expreso lo que siento, una propensión, una tendencia de mi espíritu. Además, yo he hecho todo lo posible por ser judío. Siempre he buscado antepasados judíos (Borges, en Guiber 1968: 55).

Dice Darío Sztanjszrajber, refiriéndose a cuestiones muy cercanas:

Lo judío, en su marginalidad, nos abofetea, nos despropia, nos desertiza, produce un hiato entre ser y mismidad, deconstruye la identidad. Lo judío se fue constituyendo sin tierra, sin lengua y sin derecho, elementos que estabilizan y ordenan una realidad configurada en cuerpos estancos. Lo judío en su exilio permanente, en su lengua contaminada, en su ley desarraigada, lo judío en su hermenéutica infinita. La historia judía es una historia de dispersión, una cultura de la diáspora, una continuidad de mixturas, una ética de la otredad. Un exilio sin retorno pero que en tanto exilio se figura retorno imposible. Se trata de volver sobre el origen para resignificarlo, de volver sabiendo que no hay y sin embargo construyéndolo cada vez en cada vuelta.

Espejo doble que nos hace a todos judíos y no judíos (...) la iden-

tividad es el dispositivo de demarcación de lo propio y de lo ajeno (...) Pero si el ser escapa a toda forma de apresamiento conceptual, entonces la identidad nunca es idéntica a sí misma, sino un horizonte de contingencias que se suceden, de ajenidades que me irrumpen (Sztanjszrajber, 2010).

En una entrevista que Borges mantiene con Rodolfo Braceli, éste le pregunta si es agnóstico o ateo, y Borges le responde que no lo sabe. Entonces, buscando acorralarlo, Braceli le informa que en otra entrevista, que tuvieron tiempo atrás, había respondido que era agnóstico, no ateo, y le pregunta qué cambió, por qué su opinión es otra. La respuesta de Borges no podría ser más acertada (y hasta posmoderna, en algún sentido): él no sabe lo que pensó ayer, y tampoco lo que pensará dentro de un rato. Ni siquiera está muy seguro de que lo que está diciendo sea lo que está pensando. Así, da por tierra con el encasillamiento identitario que el periodista quiere hacerle, rotulándolo con respuestas firmes, categóricas, finales.

Borges no está haciendo con esto un manifiesto teórico, y hasta es probable que su contestación no sea más que un juego y se esté divirtiendo a expensas de un periodista en busca de la novedad. De hecho, hasta existe la chance de que Borges sí sepa lo que piensa (lo que pensó, lo que pensará), y decida ser conscientemente no-honesto en su respuesta. Como sea, su discurso mantiene la forma de los espejos que aparecen permanentemente en sus relatos, bifurcando una identidad original en otras que son una copia idéntica, pero a la vez *otras*.



BORGES, EL *SINTHOME*

De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación (Borges, 1980: 15).

Freud sospechaba que los únicos neuróticos capaces de curarse a sí mismos eran los artistas, que a través de su obra tenían la posibilidad de sublimar sus deseos y pulsiones, convirtiéndolos en algo que fuera más allá del principio del placer, más allá del principio de realidad. Sobre el final de su enseñanza, Lacan (2006) llegó a una conclusión bastante similar en algunos sentidos, al proponer que la cura es posible cuando el sujeto logra identi-

ficarse con su síntoma, cuando él mismo se inventa como un síntoma diferente, a lo que denominó *sinthome*. Y para que estas ideas tuvieran algún tipo de raigambre más entendible a los oídos de sus discípulos, se propuso ejemplificar su idea del *sinthome* a través de la vida y obra de James Joyce, un escritor que rayaba la psicosis.

Mi intención no es hacer un estudio psicoanalítico sobre Borges, ni tampoco trazar analogías o parecidos con Joyce. Sin embargo, me parece fértil pensar en Borges como un hombre que utilizó su arte, el arte de escribir para, digámoslo de manera coloquial y muy simple, ser más feliz, estar mejor, sentirse bien:

Publicamos algo para no pasarnos la vida corrigiendo borradores. Publicar algo para liberarse de ello, una vez que el libro se ha publicado uno puede pasar al libro siguiente (Borges, en Rubin, 1999: 18-19).

La frase dice mucho. Pareciera hablar de una repetición un poco incesante, pero también de la necesidad que de ella tiene. Escribe para liberarse, para sacarse la escritura de encima y luego poder seguir escribiendo otro libro, que nuevamente será una liberación poder dejar, y así. Como si fuera una terapia existencial de la que no pudiera prescindir, sin la cual no sabría qué hacer, qué ser. Seguramente, si hiciéramos un rastreo dentro de la vasta obra de Borges, encontraríamos un párrafo escrito por él mismo donde refuta esta idea, pero hasta las contradicciones más extremas nos hablan del sujeto que enuncia un discurso.

Tengo para mí que la sospecha de Freud acerca del potencial de ciertos artistas podría ser muy válido para Borges. No me parece errado pensar que fue precisamente a través de su obra (extensa, pulcra, sumamente cuidada y calculada) que Borges encontró ciertos sentidos a su vida, a sus problemas, a sus deseos. En ocasiones, es probable que la literatura haya funcionado en él como un mecanismo de defensa, como el mejor y más probado método para escapar de ciertas realidades antipáticas (todos las tenemos, y es de suponerse que a Borges le sucediera algo similar). Pero también es probable que fuera en su escritura donde encontrara la posibilidad de construirse del modo en que le hubiera gustado ser, como un personaje más, tal vez un personaje invisible pero omnipresente en toda su obra, como un Aleph de sí mismo.

La identificación con el judaísmo, probablemente, estuviera estrechamente ligada a estas cuestiones. Porque en definitiva, ¿qué es la identidad, sino la identificación (el deseo de ser idénticos) con aquello que nos satisface, y el rechazo de todo lo que no? Borges se sentía judío (y hasta proba-



S. Freud

blemente lo fuera) porque eso traía consigo una serie de cargas, historias, valores, asociaciones, sentimientos, reflexiones, sin los cuales Borges no hubiera sido Borges, sino otro, otro Borges, como él mismo temía o suponía. Es probable que esos modos de construirse identitariamente fueran no sólo un juego literario, sino una necesidad. Que esa difícil elección de la que hablamos páginas atrás se convirtiera en algo constitutivo, en una manera de anudar ciertos registros de su vida para los que no encontraba otra solución. Es decir, que convirtiera esa difícil decisión en un síntoma con el cual se identificaba, llegando tal vez a ser él mismo ese *sinthome*. Porque, como dice Bejla Rubin de Goldman,

(Borges) se ha pasado la vida haciendo el pase, en la búsqueda de un poema no acabado, ese que nunca se terminó de escribir. La escritura ha sido su objeto, su búsqueda. Sólo en el instante antes del final se ha conformado con la cifra enigmática de su nombre, pero esta no la ha podido escribir. Somos nosotros los que intentamos descifrarla, siendo entonces, esa transmisión (Rubin, 1999: 50).

REFERENCIAS

- Alazraki, J. (editor) (1976). *Jorge Luis Borges*. Madrid: Taurus.
- Bauman, Z. (2010). *Identidad*. Buenos Aires: Losada.
- Blanchot, M. (1959). “El infinito literario: *El Aleph*”, en *Le livre à venir*. París: Gallimard.
- Borges, J. L. (1980). *Borges oral*. Madrid: Alianza.
- _____ (1989). *Ficciones*. Buenos Aires: Emecé.
- _____ (1996). *El Aleph*. Barcelona: Sol 90.
- Braceli, R. (1997). *Borges-Bioy. Confesiones, confesiones*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Freud, S. (1994). *Tótem y tabú*. Buenos Aires: Ediciones Porteñas.
- Guibert, R. (1968). “Borges habla de Borges”, en *Life en español*, vol. 31, N° 5, 11 de marzo. (Recogida en Alazraki, J. (ed.), *Jorge Luis Borges*. Madrid: Taurus).
- Kazmierczak, M. (2001). *La metafísica idealista en los relatos de Jorge Luis Borges*. Bellaterra: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Lacan, Jacques (2006). *El Seminario. Libro 23. El Sinthome*. Buenos Aires: Paidós.
- Rincón, C. y Serna Arango, J. (2004). *Borges, lo sugerido y lo no dicho*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana – Instituto Pensar. Siglo del Hombre Editores.
- Rubin de Goldman, B. (1999). *Borges con Lacan*. Buenos Aires: Estudio Psicoanalítico.
- Sábato, E. (1945). “Los relatos de Jorge Luis Borges”. *Sur* N° 122, Buenos Aires, marzo.

- Steiner, G. (2000). *Extraterritorial. Ensayos sobre la literatura y la revolución del lenguaje*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Sztanjszrajber, D. (2010). “Posjudaísmo e identidad: entre el exilio y el retorno”. Conferencia Internacional “Políticas del exilio. Orígenes, permanencias y presente de un concepto”. UNTREF, Centro Cultural Borges, Buenos Aires, 10 al 12 de agosto de 2010.